

ORTODOXIA Y SUBVERSION EN EL LAZARILLO DE TORMES

GRACIELA FERRERO

Universidad Nacional de Córdoba

Comienza el discurso ad-ostentationem de Lázaro de Tormes con la declaración de propósitos del prólogo, que refiere de manera muy concreta la dialéctica pícaro/Fortuna:

... porque se tenga entera noticia de mi personas y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto" (1).

Poco más adelante, en el primer Tratado:

Huelgo de contar a V. Merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio.

Y concluye la obra y el Tratado VII con aquello tan controvertido de: "Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna".

Nobles estados, altos, bajos, subir, bajar, Fortuna parcial o contraria, buena fortuna: he aquí las palabras claves, los signos que traducen el proceso de descomposición y recomposición del orden social, al filo de la Modernidad.

¿Significa esto que nuestra novela es un texto producido intencionalmente para expresar la dialéctica de un tiempo de transición? ¿Tomó posición o partido el anónimo autor del Lazarillo? y en tal caso, ¿su voz fue la de los guardianes del orden o la de la subversión?

Antes de intentar una respuesta a estos interrogantes creemos nece-

sario hacer una serie de precisiones metodológicas:

1°. Partimos -siguiendo a Schmidt, Van Dijk y otros- de que el objeto del estudio literario no es el texto como tal, sino el ámbito total de la comunicación literaria. No es suficiente clasificar formas o señalar cualidades estéticas, sin buscar su razón profunda, su significación más allá del puro texto, en la dimensión texto/contexto (2).

2°. El texto que hoy nos ocupa -el Lazarillo de Tormes- pertenece al contexto literario de lo que se ha dado en llamar "novela picaresca". A la simple pertenencia se añade el ser paradigma genérico, ya que en él confluyen la trama picaresca (nivel de superficie) y el picarismo (nivel profundo): postura intelectual y práctica ideológica.

Es a Maurice Molho(3) a quien debemos la precisión de los rasgos definitorios del "picarismo" (lectura superadora del esquema estructural del género propuesto por Lázaro Carreter en una obra ya clásica: Lazarillo de Tormes en la picaresca).

Así sintetiza el hispanista belga las notas distintivas de los textos picaristas:

- . discurso YO, por oposición al discurso EL de las biografías estamentalizadas.
- . infamia linajera que determina su conducta moral.
- . yo representativo de la antítesis del honor.
- . universalización del hombre a través del YO del pícaro: a pesar de su infrahumanidad ancestral, el pícaro se representa a sí mismo como hombre, con todas las posibilidades de ser -al menos- uno de tantos. ("Yo no soy más santo que mis vecinos" Prólogo).
- . secuencia narrativa infamia-lucha-fracaso.

3°. La tercera precisión se vincula con los interrogantes planteados en un comienzo, a los que trataremos de responder mediante una lectura del texto a partir del eje semántico del TRABAJO, entendido como actividad configurado-

ra de la lucha de Lázaro y determinante de la fase final de la secuencia narrativa propuesta (infamia-lucha-fracaso).

Para el cumplimiento del objetivo de nuestro estudio, hemos organizado la "lectura" propuesta, en tres niveles:

- a. Estructura narrativa del texto
- b. Estructuras mentales operantes en el contexto situacional
- c. Relación texto-contexto

a. Estructura narrativa del texto

Mediante la distribución funcional semántica de amos y oficios, la relación de Lázaro de Tormes se estructura en la repetición de tres módulos ternarios, enmarcados, como en las narraciones tradicionales por una apertura y un cierre:

Aperturas: Orígenes - Dificultades familiares - Emigración del hogar.

Módulo 1: Ciego - Clérigo - Escudero

Módulo 2: Mercedario - Buldero - Maestro de pintar pañeros

Módulo 3: Aguador - Porquerón de alguacil - Pregone-ro

Cierres: Matrimonio y asentamiento en el hogar - Dificultades familiares - Superación

Módulo 1: La relación de servicio se define por el empleo de los signos "amo/mozo", "amo/me rescibió por suyo" (fórmula empleada para indicar que una persona entraba al servicio de otra), "amo/mozo" (se reitera en los tratados II y III), "Vuestra Merced/criado".

La prestación de Lázaro consiste en "servir y adestrar" (ciego), "a-

yudar a misa" (clérigo), "mirar por la casa, hacer la cama" (escudero). La contraprestación de los amos, en todos los casos, radica en sustentarlo ("comido por servido").

En esta serie de primeros amos están presentes los tres tipos estamentales: el ciego, asimilado al estamento más bajo de los labradores; el clérigo, integrado al de los oradores; el escudero, como miembro de los defensores. Tres peldaños para un teórico ascenso en la amplitud de la escala social, más he aquí que, en realidad, del T. I al III las posibilidades de los amos van decreciendo y, paralelamente, desciende el punto de mira de los objetivos inmediatos del Lazarillo:

más el ciego	con el primer amo "se muere por el vino"
menos el clérigo	"de sed no era su congoja"
nada el escudero	el tercer amo ya no puede proporcionarle pan ni vino y ha de ser él quien le ayude

La crítica ha señalado al HAMBRE como vector semántico de todo el módulo, y puede decirse que lo es, más sólo en cuanto cataliza las crecientes dificultades con que Lazarillo ha de enfrentarse en la lucha por la subsistencia.

La actividad laboral (el "servicio") no remedia la carencia: por el contrario, aparece como su determinante.

Los signos textuales que expresan el obstáculo y su superación son: "laceria" y "remediarse"; Lazarillo se remedia a partir de dos formas del adquirir: sisar y mendigar. Sisar: con el ciego, cambiaba blancas por medias blancas, le hurtó vino, longaniza y uvas; al clérigo le hurta los bodigos del arcaz. Mendigar: al comienzo del T. III, forzado por la carencia del escudero, "puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo a pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecía".

La visión negativa del servicio se confirma con los signos de calificación de los amos, y los que configuran la invariante de la desdicha, esto es, la referencia a los sufrimientos y padecimientos.

La calificación de los amos conjuga signos de "mezquindad" atribuidos al ciego y al clérigo con signos de "miseria", privativos del escudero: "desventurado Señor", "el triste", "tercero y pobre amo".

La invariante de la desdicha articula una gran cantidad de signos que traducen no sólo el predominio de la función expresiva del discurso YO, sino en algunos casos, prolepsis temporales: "Oh gran Dios, quien estuviera aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba!" (T. I), "Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre, y dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si deste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenecer?" (T. II).

Módulo 2: En este módulo es Lázaro quien elige a sus amos y decide el tiempo de permanencia con ellos (a diferencia de lo ocurrido en el primer módulo). Citemos, para ejemplificar, lo referido al fraile de la Merced: "Hu- be de buscar al cuarto..." "Y por esto, y por otras cosillas que no digo salí dél..." (T. IV).

Unifica a los tres tratados que constituyen este módulo, la constancia que Lázaro deja de los sufrimientos padecidos: los ocho días con el mercedario lo dejan agotado; los cuatro meses que dura el asentamiento con el buldero le significan "hartas fatigas"; de las dos líneas consagradas al maestro de pintar panderos, media es destinada a certificar: "también sufrí mil males".

Es verdad que las declaraciones de sufrimiento conclusivas de los tratados V y VI suenan a adiciones artificiales al discurso narrativo, pero el autor las incluye y esto tiene pertinencia en relación al tercer módulo ternario.

Módulo 3: De su contrato con el capellán toledano Lázaro afirma: "Es te fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida" (T. VI).

Vale decir que el largo camino recorrido con los seis amos precedentes, no ha supuesto para Lázaro ASCENSION alguna, pero sí la preparación de

la ASTUCIA y FORTALEZA necesarias.

Se produce en este punto un cambio de estado de trascendental importancias de mozo "sin oficio ni beneficio", simple ganapán y hasta mendigo, Lázaro pasa a ser un hombre con oficio remunerado; primero trabajador por cuenta ajena: aguador (T. VI) y "hombre de justicia" (corchete o porquerón de alquacil) (T. VII) y luego, ya en la recta final del triunfo "con oficio real, pregonero". En la conciencia de un amplio sector de españoles del siglo XVI cada uno de los pasos dados por Lázaro constituía un ascenso. Ninguna importancia tiene el refrán según el cual el oficio de aguador era de los más bajos: "El ruin obrero por aguadero"; desde la perspectiva del Lázaro narrador constituye un primer escalón de ascenso social.

Por otra parte, el que antes sólo había manejado blancas o medias blancas (producto de la sisa), y era alimentado y vestido por sus amos, GANA ahora, como asalariado, un dinero que le permite ahorrar y comprarse ropa y espadas: "Desde que me vi en hábito de hombre de bien" (T. VI); así, con apariencia de hombre de bien inicia su ascensión hasta la cumbre.

Destacan en este módulo ternario, tres signos léxicos: OFICIO, TRATO Y ASENTAMIENTO.

Oficio: En los tratados anteriores Lázaro sólo había utilizado la palabra para referirse al de lograr limosnas mediante la recitación de oraciones. En el tercer módulo lo aplica a su actividad, con el sentido cabal que el término reviste; profesión de alguna arte mecánica; ocupación habitual. Ej: "Fuéme tan bien en el oficio de aguador..." (T. VI); "...que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano" (T. VII).

Trato: Supone, en tanto se trata de un acuerdo de voluntades, la nota de la libertad. "Con esto, renequé del trato", dice en el tratado VII. Lázaro es un hombre independiente dedicado a la vida de contratación, lo que implica una superación de las anteriores relaciones pautadas por los signos "amo/mozo".

Asentamiento: Hay, por último, un eje semántico que va acumulando carga desde la primera serie de tratados, para volcarla en el punto de logro

del último oficio: "asentar".

Al margen de lo anunciado en las rúbricas, asentando con uno y otro amo y cambiando de oficio, Lázaro ha ido buscando, sin encontrarlo, un asentamiento definitivo en la vida. Cuando reniega del trato con el alguacil se queda: "pensando en qué modo de vivir haría mi asiento para tener descanso y ganar algo para la vejez" (T. VII).

Se produce entonces la iluminación divina, que le pone ante los ojos el oficio real, cuyo logro supone ese soñado asentamiento seguro: "En el cual el día de hoy vivo y resido" (T. VII).

Lázaro no sólo goza de prosperidad económica, sino que alcanza ésta gracias a su trabajo. Se ha asentado, acomodado y conformado; podemos dudar de si socialmente es burgués; mentalmente sí.

Si a lo largo de los dos primeros módulos señalábamos la invariante de la desdicha, en este último, y a partir del contrato con el capellán, desaparecen los signos de sufrimiento en favor de los de "ventura": "Fuéme tan bien en el oficio de aguador" (T. VI); "hame sucedido tan bien" (T. VII).

Sinteticemos: La actividad laboral de Lázaro está signada, en este tercer módulo, por las notas de profesionalidad (oficios), estabilidad (asentamiento) y libertad (trato); a estas tres notas de caracterización, acompaña un discurso eufórico (invariante de la dicha) que tiene una contundente fórmula conclusiva: "Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna" (T. VII).

b. Estructuras mentales operantes en el contexto situacional

En este punto analizaremos someramente los elementos más significativos -a nuestro juicio- de la estructura mental colectiva e individual del contexto que nos importa. Pero como quiera que estructura social e ideología se cierran en un círculo, se influyen y se condicionan, destacaremos en primer término unas pocas notas descriptivas de la conformación de la sociedad de la época:

- . Pervivencia de la estructura estamental, con dos estamentos privilegiados: nobleza y clero.
- . Una "constelación de poderes", Realeza-Iglesia-Nobleza, que tiende a conservar la estructura estamental y a imponer las leyes, costumbres e ideología dominante a los demás sectores sociales.
- . Heterogeneidad del estamento nobiliario
- . Desde el siglo XIV, con motivo del desarrollo urbano, cobra fuerza un nuevo sector social, la burguesía, que durante un largo periodo actuó como un grupo diferenciado dentro del sistema estamental, contrastando con el ocio de la nobleza y la pobreza del bajo pueblo.
Caracterizan a la burguesía las siguientes actitudes: a) estilo de vida fundado en el trabajo y en la valoración positiva del dinero y del ahorro; b) ser agentes de la mínima movilidad social existente.
- . Una "nube de mendigos", integrada por criados, vagabundos, mendigos y delincuentes.

Coincide la crítica en señalar la cohesión e integración ideológica, impuesta y asumida. Apenas hay notas discordantes, lo que significó, en la práctica, la vigencia de una mentalidad nobiliaria.

Sólo la nobleza era depositaria del SER, TENER y PODER.

EL SER estaba fundado en el linaje y en la honra.

En 1538 el emperador convoca a Cortes en Toledo para proponer el impuesto de la sisa, que por naturaleza había de afectar también a los poderosos. Por boca del Condestable estos últimos se expresaron así:

Toda la fama y honra de nuestros antepasados se convertiría en infamia y mengua y deshonor de nuestras personas, si perdiésemos esta libertad ganada y conservada por tantos años, y perpetuamente quedaría en nuestro linaje, para todos nuestros descendientes, la mancilla de habernos hecho

pecheros (4).

No del Rey, sino de Dios les había venido su grandeza, puesto que era herencia, era el linaje, era la cuna. "Cuna y mortaja, del cielo bajan" podían decir con el refrán.

Maravall (5), siguiendo a Weber, explica el valor del honor en una sociedad estamental, señalándolo no como condición individual, sino social; como criterio de atribución a todos los componentes de los estamentos privilegiados.

Esta dimensión del honor, como condición social heredada, favoreció el descuido del fundamento intrínseco del honor (la virtud) y enfatizó su consecuencia externa: la honra, entendida como opinión. Esto significó, como es lógico, poner el acento en la apariencia y no en la realidad (piénsese en el "hábito de hombre de bien" del Lazarillo).

Pero el sentimiento del honor y la honra no fue exclusivo de la clase dominante: desde allí se impuso a la totalidad del cuerpo social (como valoración y no como atribución, claro), hecho favorecido por el instinto mimético del pueblo.

El TENER es lo propio de los poderosos (la vida de rentas y, por lo tanto, el ocio), a quienes nada tienen sólo les cabe ADQUIRIR, es decir, el negocio. Pero adquirir ¿cómo?

A través del trabajo, la mendicidad o el robo.

Fue de la esencia de la mentalidad nobiliaria el desprecio del trabajo mecánico y el comercio, la vida de contratación. Practicar el comercio supuso, desde la integración ideológica, un signo de pecaminosidad, menosprecio y "menos valer" social. Recordemos que -en cuanto a la primera descalificación- para el cristiano viejo el negocio del dinero suponía escrúpulos de conciencia aparejados por la reglamentación eclesiástica o la amenaza de los moralistas.

Esta marca negativa aparece -por ejemplo- en la obra de un renovador

en otros aspectos, como fue Fray Luis de León. En La perfecta casada distingue tres "modus vivendi": la vida de labranza, la vida ociosa de los Señores, y la vida de contratación; con respecto a esta última es concluyente: "La ganancia de la vida de contratación se recoge de las haciendas ajenas, y pocas veces sin disgusto de sus dueños". El profesor salmantino crea, a partir de su texto, un continuum indiferenciado entre el robo, la usura, el trabajo, el servicio y la sisa (6).

Pero si en cuanto al adquirir aparecen emparentados negativamente el trabajo y el robo, la ideología imperante fue mucho más condescendiente con la tercera de las modalidades que señaláramos: el pedir.

Fray Antonio de Guevara, en el Libro Primero de las Epístolas Familiares enumera y caracteriza así los estados sociales:

El oficio del labrador es cavar; el del monje, contemplar; el del ciego, rezar; el del oficial, trabajar; el del mercader, trampear; el del usurero, guardar; el del pobre, pedir; y el del caballero, dar (7).

Los mendigos, por tanto, no eran considerados marginados ni ociosos. Tenían un puesto y -lo que es más importante- una función social: inducir a la limosna, obra redentora por excelencia.

Cuando la Europa calvinista caminaba hacia el menosprecio de la mendicidad como algo vinculado al ocio (en coincidencia con el espíritu capitalista), la España del Siglo de Oro, con grandes problemas laborales, seguía dando carta de validez a esta manera de adquirir, el pedir, correlativa del dar de los caballeros.

No casualmente en la península, la burguesía, que llega a su nivel más alto en pleno siglo XVI, sucumbe hacia fines del mismo, sin imponerse al monolítico bloque estamental.

c. Relación texto-contexto

Planteadas las notas decisivas del texto -en función del eje semántico por el que optáramos- y de las estructuras mentales operantes, abordemos

para concluir la problemática del Lazarillo como acto ilocucionario: la comunicación de creencias, intenciones, actitudes y valoraciones que emanan del contexto y ayudan a descifrar el texto.

De otra forma, ¿qué intención hay debajo de la estructura narrativa? ¿qué pretendió el autor?

1. Frente al fijismo del orden estamental, el Lazarillo se yergue como la expresión de una radical ambigüedad.

2. Caben en él dos posibles lecturas, la del texto (discurso dominante) y la del subtexto (discurso intencional).

3. El texto, siguiendo el vector semántico del trabajo, se constituye en un discurso ad-ostentationem del Lázaro narrador.

Conforme a este discurso el adquirir aparece como actividad positiva, por cuanto permite a un desheredado bienestar material, ascenso social y, al menos, apariencia de honra ("hábito de hombre de bien").

El discurso YO de Lázaro dice -permitasenos la paráfrasis-: "YO, Lázaro de Tormes no nací Señor, sino siervo. Al Señor le corresponde el SER, TENER Y PODER; al siervo, en todo caso, el ADQUIRIR. Yo, "con fuerza y maña remando" logré adquirir, por medio de mi trabajo. Esta es la "cumbre de mi buena fortuna".

Y tan orgulloso está Lázaro de su nuevo status, que en el Tratado VII deja por un momento el discurso YO y se vale del discurso EL: "Tanto, que, en toda la ciudad, el que ha de echar vino a vender, o algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen de cuenta que no sacan provecho".

4. El subtexto, en cambio, constituye el discurso de la infancia de Lázaro, y está articulado desde la mentalidad y la perspectiva señorial, vigente en el contexto.

El adquirir (mediante el trabajo) es una actividad negativa: si bien

procura un cierto bienestar material, no significa progreso social (la mentalidad señorial es determinista e inmovilista) y, fundamentalmente, no logra paliar la deshonra heredada.

"Yo, Lázaro de Tormes -dice también el texto- procedo de un linaje infame, nací deshonrado y vivo como cornudo público. Mi adquirir es tan abyecto como toda mi vida".

5. De la superposición texto-subtexto, surgen la ambigüedad del picaresco en esta novela: el texto es la voz de la subversión; el autor pareciera hacer un alegato en favor de la libertad individual conquistada por el trabajo, un alegato en favor de un hombre nuevo, opuesto a la mendicidad, al hurto eclesiástico, al ocio del hidalgo, al engaño del buldero, al mito de la honra. El subtexto es, la voz de la ortodoxia, al rechazo social de las infames tentativas de medro a través del trabajo, que significa una negación del orden natural dado por Dios.

6. La ambigüedad del texto es la metáfora utilizada por el autor para expresar su relación conflictiva con el contexto.

Como el Lazarillo en el Tratado I, el anónimo autor hubo de darse una cabezada ya no contra el toro de la puente, sino contra el fijismo del orden estamental. Como el Lazarillo, aprendió la lección ("que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer").

Avivó el ojo y avisó, concibiendo el proyecto estético de la ambigüedad, para criticar a la totalidad del cuerpo social y salir indemne.

Dice Antonio Prieto: "Lazarillo es no sólo el levantamiento de un nuevo y aislado sujeto narrativo, sino un síntoma de esa soledad del escritor ante su sociedad" (8).

En efectos tan importante como el marginalismo de los pobres e infames, fue en la España del Siglo de Oro, el marginalismo ideológico, frente a la cohesión e integración del orden establecido.

La voz del autor del Lazarillo fue de las pocas discordantes, y este

marginalismo de pensamiento entrañaba un gran riesgo; para salvaguardarse tuvo que apelar al disfraz de la ambigüedad, y quizás, de la anonimidad.

Notas

- (1) ANONIMO. La vida de Lazarillo de Tormes. Edic., Introducción y Notas de Julio Cejador y Frauca. Col. Clásicos Castellanos Madrid: Espasa-Calpe, 1971. Todas las citas pertenecen a esta edición.
- (2) SCHMIDT, S.J. Teoría del texto. Madrid: Cátedra, 1977. VAN DIJK, T. Texto y contexto. Madrid: Cátedra, 1980. PETOFI, J.S. y A. GARCIA BERRIO. Linguística del texto y crítica literaria. Madrid: Comunicación, 1978.
- (3) MOLHO, M. Introducción al pensamiento picaresco. Salamanca: Anaya, 1972.
- (4) FERNANDEZ ALVAREZ, M. La sociedad española del Siglo de Oro. Madrid: Editora Nacional, 1984. Pág. 346.
- (5) MARAVALL, J.A. "La aspiración social de medro en la novela picaresca". Cuadernos Hispanoamericanos N° 312, Madrid, 1976. Pág. 602.
- (6) LUIS DE LEON, Fray. La perfecta casada. Madrid: Espasa-Calpe, 1966. Pág. 49
- (7) ANTONIO DE GUEVARA, Fray. Epístolas familiares. I, Madrid: ed. J.M. de Co ssio, 1950. Pág. 222.
- (8) PRIETO, Antonio. Ensayo semiológico de sistemas literarios. Barcelona: Planeta, 1972. Pág. 67.